

EL LIBRO PERDIDO DE LOS ORIGENISTAS

ANTONIO JOSÉ PONTE

EL LIBRO PERDIDO
DE
LOS ORIGENISTAS



Colección ILUMINACIONES

(Filología, crítica y ensayo)

5

Director:

ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER

© Antonio José Ponte

© 2004. Editorial Renacimiento

Depósito Legal:
Impreso en Publidisa

ISBN eBook: 978-84-8472-982-2
Impreso en España-Printed in Spain

PRÓLOGO

HACE veinte años, José Lezama Lima y Virgilio Piñera eran nombres casi desconocidos dentro de Cuba, sus obras eran poco leídas y ejemplares de sus libros se obtenían solamente gracias a alguna amistad en librerías de viejo. Los dos habían muerto recientemente. Fina García Marruz y Eliseo Diego eran bien apreciados como poetas, quizás hasta apreciados en demasía. Cintio Vitier era autoridad en estudios martianos, Octavio Smith apenas existía a fuerza de discreción (o grisura) y José Rodríguez Feo, después de haber codirigido y pagado las revistas Orígenes y Ciclón, tenía un puesto de bibliotecario en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

De los origenistas idos al exilio se sabía muy poco. Visitar en su casa a Gastón Baquero iba a convertirse, unos años más tarde, en gesto obligado para quien pasara por Madrid. Lorenzo García Vega padecía destino más errático y, a juzgar por diarios suyos publicados, se desplazaba de Madrid a New York, de New York a Caracas y de Caracas a Miami. Localizarlo resultaba empresa muy difícil ya que el resto de los origenistas le tenía jurada enemistad eterna a causa de un libro que nadie en La Habana parecía tener y no asomaba el lomo en ninguna librería de viejo: Los años de Orígenes. Y, por último, para nuestra curiosidad de lectores contaba poco qué hubiera sido de Justo Rodríguez Santos o de Ángel Gaztelu.

Tropezar con la obra del grupo Orígenes no era hecho tan inevitable como resulta ahora. Los dos mayores escritores de ese grupo padecían censura, se encontraban censurados también otros no origenistas, y la administración cultural imponía sus figuras literarias. Reinaba lo segundón y lo falseado, la literatura debía obediencia total a la política. (Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, indudables escritores de primera fila y ambos militantes comunistas, gozaban de un favor que hoy pagan con el desinterés de muchísimos lectores.)

Dar con Orígenes por entonces era recobrar la verdadera literatura, ejercer como lector la libertad, escupir sobre los edictos que pretendían reglar las artes. Luego esos edictos traerían la noticia sorprendente de que la obra de los perseguidos, la obra de Lezama Lima y de Piñera, y la de todo el grupo Orígenes pertenecía a lo mejor de nuestro patrimonio. Y recuerdo haber asistido, en la casa donde el escritor viviera hasta sus últimos años, a la inauguración del Museo Lezama Lima. Para develar la tarja y pasearse por las estrechas habita-

ciones, se habían reunido allí sus antiguos esbirros y censores. Ya no tenían reparo en considerar la grandeza lezamiana.

Cintio Vitier, escritor origenista, se había encargado (entre otros) de allanar el camino para el perdón gubernamental. Había compuesto una historia origenista que pasaba a pie danzante sobre los años de castigo y que llegaba a relacionar la obra de los escritores de Orígenes con la revolución de 1959. Causalidades fantásticas colocaban vida y obra de José Lezama Lima a disposición de los inquisidores. Del consejo de redacción de una revista se hacía célula de conspiradores revolucionarios. Una vez más se conseguía el rebajamiento del hombre de letras frente al hombre de acción, frente al líder político.

Quienes fueran castigados por mandato revolucionario habían sido, según Vitier, revolucionarios. O no alcanzaban a serlo y esa imposibilidad los derretía y desvelaba. El síndrome de Estocolmo se introducía de esta manera en el grupo Orígenes.

Fue por entonces, hará unos quince años, cuando la obra de esos escritores se convirtió en preocupación para mí. No lo fue mientras recibía el escarnio por edicto. La guerra era explicable, la enemistad entre un régimen político como el que gobierna Cuba y escritores como Lezama Lima o Piñera no ofrecía sobresalto para la mente. Pero cuando el perdón oficial (y a veces hasta el mimo) llegó a la obra de ambos, el destino de Orígenes no pudo menos que preocupar a sus hasta entonces lectores clandestinos. Pues lo que estaba en juego era la tergiversación de la enseñanzas de los maestros.

Cómo lograr obra que no alcance a ser utilizada por las esferas gubernamentales, qué soberbia oponer a la soberbia de los políticos, o cuán cómplice de tiranía resulta cualquier

nacionalismo literario: estas y muchas otras interrogantes dependían de lo que se decidiera acerca de Orígenes.

Y, ya que gran parte del problema resultaba disyuntiva entre hombre de letras y hombre de acción política, nuestro pensar Orígenes remitía a un momento mayor de esa disyuntiva, a los años en que coincidieron, uno en la isla y otro en el exilio, Julián del Casal y José Martí.

No es casual que aparezcan en este libro ensayos dedicados a ambas figuras. Lezama Lima ha empezado a padecer lo que en Martí es proceso avanzadísimo, y lo ocurrido con la obra martiana puede servirnos de pronóstico a la hora de imaginar el destino futuro de la obra de José Lezama Lima.

Casal, a diferencia, resulta poco útil para los ideólogos y ahí está su principal valor. Cuando en 1993 vino a celebrarse el centenario de su muerte, las autoridades culturales cubanas se desentendían del calendario. Los tiempos no estaban para conmemoraciones o ellos concentraban fuerzas para el centenario de Martí que iba a llegarles en un par de años. (Las revoluciones institucionalizadas son especialmente rememorativas. Rumian el único momento revolucionario, el del triunfo sobre el antiguo régimen. Revolucionan, giran alrededor de ese recuerdo.)

En 1963 se había festejado ampliamente el centenario de nacimiento casaliano, José Lezama Lima se había encargado de las ediciones conmemorativas. Pero treinta años después, atravesando el peor de sus momentos económicos, el gobierno cubano no iba a sacar nada de Casal, éste no iba a servirle de mucho. Así que decidieron pasar por alto la celebración. Y tuvo que ser un escritor sin puesto alguno en la burocracia cultural, Francisco Morán Lull, quien restaurara la memoria y avivara

la fiesta. Julián del Casal resultaría alternativa (para un grupo de jóvenes escritores) al José Martí sacudido por el discurso oficial.

Supongo que en el futuro, leída en presión de menos atmósferas, la obra martiana podrá depararme agradables sorpresas. Para entonces tal vez pueda vencer la incomodidad que siento al leerlo. O quizás sea ingenuidad esperar tiempo así. En todo caso, publico las páginas que siguen para ayudar a que la obra y vida de José Lezama Lima no resulte tan mal administrada como la de José Martí. Para que no echen a perder a futuros lectores las páginas de Orígenes. Porque la verdadera pérdida del libro no está en su desaparición, en su censura. Llega, no cuando los inquisidores ordenan la fogata, sino en el momento en que frases entresacadas de esos libros negados pasan a formar parte del sermón de los inquisidores y fortalecen la digestión de la ortodoxia.

Escribí estos ensayos a lo largo de más de diez años. Los he ordenado cronológicamente creyendo que así me repetiré menos de uno a otro. (Machacar los mismos pensamientos es la primera dificultad a evitar en analectas.) Acudo varias veces al hábito de historiar un objeto, me valgo de parafernalia museística. El lector podrá encontrar en Casal contemporáneo explicación a esa manía de perseguir emblemas —libro que se pierde, abrigo, jaba— para llegar a esos otros emblemas que son los escritores.

Como buen celador de museo, me interesan menos las obras que la disposición de éstas. Así que ejerzo menos la crítica literaria que la biografía. Evito así, ante la obra literaria, el comentario deportivo de televisión que narra la jugada como si los televidentes estuvieran escuchando radio. Me intereso menos

por la intransferible obra de cada escritor que por sus figuras. Biografía es estudio de espacio y las páginas que siguen se ocupan de eso que ha dado en llamarse la posición del escritor, proponen (aunque desdibujada) una ética.

Éste podría considerarse un libro político. Una ordenación cronológica de sus piezas alcanzará a mostrar cómo el autor fue desembarazándose del temor a escribir ciertas cosas, perdió cautelas y precauciones, se hizo más libre. Porque resulta provechoso que quien se ocupe de la censura historie también la autocensura, variante hipocondríaca de aquélla.

En la única conversación que sostuve con Eliseo Diego, éste me indicó que las llamadas a pie de página resultan tan molestas como las llamadas telefónicas en la noche de bodas. He preferido, para evitar interrupciones, dejar al lector lo más a solas posible con los ensayos: trasladé a sección final unas pocas notas.

Me complace agradecer a Mónica Bernabé, en la ciudad argentina de Rosario, la posibilidad de citar las respuestas de Virgilio Piñera a una encuesta de la revista Sur. Agradezco a Daniel Balderston, en la Universidad de Iowa, su ayuda borgesiana. Debo a Orlando González Esteva, en Miami, la noticia del recibo sin pagar que he utilizado en el post-scriptum de El abrigo de aire. Y a Carlos J. Alonso nuestros diálogos durante mi estancia en la Universidad de Pennsylvania.

Vilis, volumen reciente de Lorenzo García Vega, brinda noticias de ese libro perdido de los origenistas que me empeño en historiar aquí. En un café destartalado se encuentran el narrador y el Constructor de Cajitas, y el primero cuenta: «En Cuba hay un joven, llamado Ponte, quien habla sobre el libro perdido de los origenistas». El café abre sus puertas en Vilis,

Vilis es el cuerpo astral de Playa Albina, y Playa Albina el nombre con el que, desde hace varios libros, Lorenzo García Vega llama a Miami, ciudad de su destierro.

Después de ofrecer la noticia de que existe en Cuba un joven que habla del libro perdido (juventud y geografía parecen alejar la posibilidad de que alguien vaya a ocuparse de un asunto así), quien narra Vilis confiesa que no hay tal pérdida porque Lezama Lima le entregó ese libro a él para que lo sacara al exilio. «En realidad, yo soy el único heredero de Orígenes», afirma. Y Constructor de Cajitas y narrador echan tales carcajadas que tienen que aguantarse sus barrigas.

Mi apreciación de Orígenes está en deuda con Los años de Orígenes de Lorenzo García Vega. Me enorgullece haber dado en una revista habanera, por primera vez desde su marcha al exilio, noticias suyas y de su trabajo. Aquí le va más de mi agradecimiento.

Y doy gracias, muy especialmente, a Gabriel Bernal Granados por haberme convidado a juntar estas páginas. Él me las salva de la dispersión y del polvo de las hemerotecas.

En un poema que narra una partida de ajedrez (y la relación) entre Rimbaud y Verlaine, Conrad Aiken escribió estos versos: «And all reported by a latter lackey,/ Whose virtue is his tardiness in time». Las páginas siguientes se ocupan de Martí y de Casal, de Piñera y de Lezama Lima, de Vitier y de Diego. Y (menos hermosamente dicho que en Aiken) todo ha sido relatado por un lacayo ulterior, cuya virtud es su tardanza en el tiempo.

A. J. P.

La Habana, noviembre de 2001

EL LIBRO PERDIDO
DE LOS ORIGENISTAS

Para Alessandra Molina

I

EN una página de *Paradiso*, la novela de José Lezama Lima, José Eugenio Cemí estudia la triangulación de Matanzas en su tesis de grado como ingeniero. Más adelante será coronel y padre del protagonista de la novela, ahora podemos encontrarlo en su trabajo a medias entre la agrimensura y la topografía. José Eugenio Cemí pertenece a la primera graduación militar de la naciente República de Cuba, es el número uno de esa graduación: un caballero en el caballeresco ejército republicano de principios de siglo.

Incluso hoy, pasado tanto tiempo, mirando trabajar a una comisión de topógrafos, puede encontrarse en ellos un poco del aire caballeresco con que Cemí padre ejecuta unas disciplinas: entran a un bosque encantado que fanáticamente volverán exacto, cuentan pasos con la severidad de los duelistas, pasos de estric-

tamente un metro. Reproducen a escala ampliada brincos de saltamontes, los saltos de un compás de puntas secas sobre un plano de la ciudad de Matanzas.

También a nuestros ojos la cartografía de inicios de siglo resulta caballeresca. Más que un plano, lo que maneja José Eugenio Cemí es un grabado, uno de esos grabados coloniales de ciudad donde, sobre una cumbre que avista el trazado completo de unas calles, merienda una familia poderosa. Las líneas del grabado han sido pacientemente iluminadas con azules de acuarela, terrosos, verdes, y los colores dan al plano la hermosura de lo superfluo.

Matanzas es, en la novela lezamiana, sitio fuerte de tradición, junto a un Pinar del Río veguero y una provincia de Las Villas laplantiana, llena de ingenios azucareros. Isla de Pinos tiene la provisionalidad de los lugares nuevos, Camagüey y Oriente sólo aparecen en un par de dichos casuales. Cuba es, en *Paradiso*, Vueltabajo, la zona occidental. Los extremos de esa isla de novela, las provincias Pinar del Río y Las Villas, son extremos del arco contrapuntístico entre el tabaco y el azúcar, entrecruzamientos familiares de donde viene José Eugenio Cemí. Debajo de ese arco, Lezama ha convertido a Matanzas en el emporio de la repostería cubana, en ciudad de refinamientos. La ha hecho, en uno de sus prólogos, tierra de artesanos plateros. Con su *Triangulación de Matanzas* como trabajo de graduación, José Eugenio Cemí refina materias sumamente refinadas ya.

Rindiendo también examen escolar, otro de los personajes de *Paradiso*, Oppiano Licario, se enfrenta a un tribunal de materias históricas. Le exigen el nombre del perro de Robespierre, las estaturas físicas de Napoleón y de Luis XIV, las circunstancias de muerte de Enriqueta de Inglaterra. Lo obligan a una curiosidad de cortesano, de envenenador casi. A invitación del jurado, una muchacha cercana desliza para Licario esta pregunta bobalicona